EL LEGADO DE ESPAÑA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Octavo y último artículo de la serie «EL SIGLO OLVIDADO». Este artículo, precedido por una entradilla de la redacción de la Revista *Ejército* sobre el escritor Walter Whitman, evoca la desconocida e inmensa labor de España en la América del Norte durante más de 300 años, desde los desiertos de Texas hasta el Canadá y Alaska y desde la costa Atlántica hasta la del Pacífico, mención aparte del papel esencial de España en la independencia de los Estados Unidos y de otras intervenciones históricamente olvidadas con deliberación o por ignorancia.

Alfonso de Villagómez

Escritor

Walter Whitman, conocido como el primer poeta de la democracia norteamericana, escribió en 1883 lo siguiente: «Realmente los norteamericanos tenemos que conocer nuestros propios antecedentes. Hasta ahora, influidos por los escritores y docentes de Nueva Inglaterra, nos hemos entregado dócilmente a la idea de que los Estados Unidos de América fueron moldeados exclusivamente desde las islas británicas, lo que constituye un gravísimo error al olvidar la anterior huella de España en Norteamérica».

Walt Whitman es también el autor del famoso poema ¡Oh, capitán!, ¡mi capitán! dedicado a Abraham Lincoln después de su asesinato en 1865, poema que hizo popular la película El club de los poetas muertos. Ese mismo año escribió Redobles de tambor. Diarios de la guerra civil, donde expresa sus memorias como enfermero voluntario en la guerra civil norteamericana.

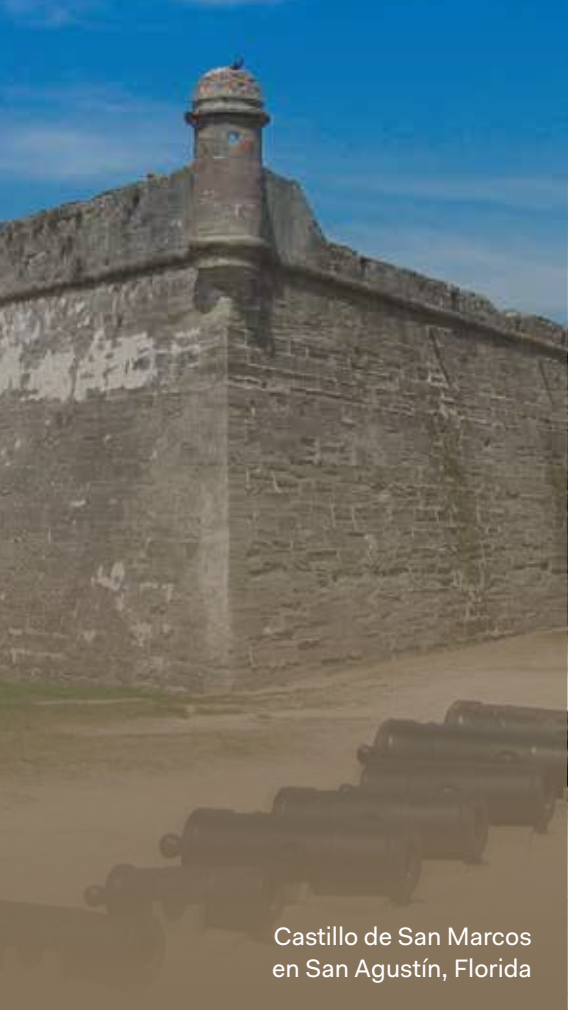
Whitman nació en Nueva York en 1819 y murió en Nueva Jersey en 1892. Fue ensayista, periodista, humanista y filósofo, referente esencial para entender los Estados Unidos, por ello son tan importantes sus referencias al pasado hispano de aquel país. Importantes y, por cierto, olvidadas en los últimos 150 años.

En efecto, como bien conoce Whitman, la posesión española de la mayor parte de Norteamérica se extiende entre el año 1513, cuando Juan Ponce de León desembarcó en la Florida, hasta más de tres siglos después, en 1821, cuando México conquistó su independencia. España gobernó aquel vasto territorio mucho más tiempo del que Estados Unidos existe como nación independiente. Según el primer hispanista norteamericano Bolton y según Mumford Jones, alrededor de dos terceras partes del Estados Unidos continental le deben algo importante a la cultura española.

Pese a la presencia de estructuras y edificios españoles, a los nombres geográficos en español, a la duración, alcance y a la influencia de las posesiones españolas, los orígenes españoles de los Estados Unidos han sido poco comprendidos y reconocidos hasta fechas recientes, en las que han sido incorporados a la trama de la historia de los Estados Unidos, relato en el que los orígenes coloniales residían, hasta ahora, exclusivamente en las trece colonias inglesas.

Redacción
revista *Ejército*

El vasto Imperio español del Nuevo Mundo se extendió muy adentro de los Estados Unidos llegando incluso a Alaska



Castillo de San Marcos en San Agustín, Florida

Misión de San Javier del Bac en Tucson, Arizona

A lo largo de la frontera sur de los Estados Unidos de América, desde el Atlántico hasta el Pacífico, se levantan edificios antiguos, mudos recuerdos de una anterior Norteamérica hispánica. Sobre la costa atlántica de Florida, unos 110 kilómetros al sur de la frontera con Georgia, una gran fortaleza de piedra, el castillo de San Marcos, ocupa aún la superficie desde donde se dominaron las llegadas por tierra y por mar al San Agustín español.

Fundada por los españoles en 1525, la ciudad de San Agustín sigue siendo el asentamiento europeo más antiguo y ocupado continuamente en los EE. UU. continentales. Más al oeste, en Pensacola (Florida), la batería de San Antonio, en el antiguo fuerte español de San Carlos de Barrancas, se asoma sobre las aguas del golfo de México. Si llegamos a Nueva Orleans, casi todos los edificios del barrio antiguo fueron construidos en la era española, entre 1763 y 1800. Debido a que el barrio francés anterior se incendió en 1788 y 1794, los edificios venerables, como el cabildo o la catedral de San Luis, entre otros, datan de la época en que Nueva Orleans y toda la Luisiana pertenecían a España, como resultado de los tratados de paz de las guerras en Europa.

Todavía más al oeste, desde Texas hasta California, se esparcen fuertes, edificios públicos, y casas y misiones españolas que han sido conservadas o reconstruidas. Hoy, algunas de ellas son museos, como el de Santa Elena, rebautizado por los franceses como Beaufort, nombre que aún conserva, aunque la Fundación Museo Histórico de la ciudad conserve el original de Santa Elena y la bandera de España de la época, blanca con el aspa o cruz de San Andrés o de Borgoña.

Las más afamadas tal vez sean la misión de piedra en el centro de San Antonio, conocida como El Álamo, origen de una leyenda de resistencia, y el Palacio de los Gobernadores, frente a la plaza de la Santa Fe. Cerca de Tucson, los pocos indios que pueblan aquel desierto aún reciben los sacramentos en la deslumbrante misión de San Javier del Bac.

Efectivamente, así como al sur de Río Grande, en México, Centroamérica y Sudamérica es fácil hoy en día ver nativos descendientes de aquellas tribus indias del siglo XVI, al norte de Río Grande es casi imposible detectar descendientes de aquellas orgullosas tribus indias que poblaron Norteamérica. Quizá en la diferente forma de entender la colonización en Norteamérica entre España y el mundo anglosajón está la diferencia, diferencia que se hizo aún más apreciable también en Australia y Nueva Zelanda. Sin embargo, la leyenda negativa orquestada por ingleses y holandeses, enemigos de España desde el siglo XV hasta principios del XIX, retuercen la historia bajo la apatía historiográfica española.

El vasto Imperio español del Nuevo Mundo se extendió muy adentro de los Estados Unidos llegando incluso a Alaska. La presencia española en EE. UU. empezó alrededor de 1513, cuando Juan Ponce de León desembarcó en una playa de Florida, y concluyó en 1821, cuando México logró su independencia. Más de tres siglos de presencia española en los EE. UU. que, para los ingleses, parece que nunca existió,

La España actual solo representa las tres cuartas partes de Texas, una pequeña parte de todo el dominio español

Un grupo de españoles enviados por Vázquez de Coronado fueron los primeros europeos en pisar la orilla del Cañón del Colorado

y así ha quedado reflejada en la historiografía, enseñanza y museos norteamericanos, para vergüenza y escarnio de no pocos historiadores.

El alcance del dominio español sobre Norteamérica varió en el tiempo dependiendo de las circunstancias políticas en Europa y las de sus rivales europeos, pero se extendió hasta Virginia, sobre toda la costa del Atlántico y Canadá y también sobre el Pacífico hasta Canadá y Alaska. Antes de que Van Couver le diera nombre a la conocida ciudad canadiense de la costa oeste, ya tenía el nombre que le dio su fundador Juan de Bodega y Cuadra. En algunos libros norteamericanos figura que Bodega fue un «peruano» que fundó Vancouver. Naturalmente, parecen querer referirse a un español que procedía del virreinato español del Perú, pues esta nación data del siglo XIX, y no del XVI.

España poseyó gran parte del sur norteamericano y todo el oeste, al menos la mitad de los EE. UU. continentales. Para darnos una idea de la extensión de aquel dominio, la España actual solo representa las tres cuartas partes de Texas, una pequeña parte de todo el dominio español. España no solo se extendió sobre gran parte de los EE. UU. de hoy en día, sino que los españoles se establecieron por toda la franja sur del subcontinente norte construyendo ciudades, misiones, escuelas, iglesias y fortificaciones desde Virginia a Florida, desde California a Cabo Cañaveral y desde San Diego hasta San Francisco, por todos los estados del sur y suroeste de los

EE. UU. Durante la guerra de la Independencia norteamericana, a finales del XVIII, los límites entre las fuerzas inglesas y las españolas de Bernardo de Gálvez fueron el río Misisipi y Pensacola. Las derrotas que sufrieron los ingleses a manos de los españoles en esa zona permitieron al ejército de George Washington, armado, vestido y pertrechado por España, derrotar a los ingleses en la costa este con ayuda de los franceses. La orden expresa de Carlos III de guardar secreto de la ayuda española a los rebeldes norteamericanos, por el miedo de que se extendiese el ansia de libertad por centro y sur América, fue determinante para el olvido de aquella hazaña.

Los españoles también exploraron Tennessee —donde combatieron a los indios pawnee—, el río Platte (en Nebraska), la Gran Cuenca y el Gran Cañón del Colorado, entre otras zonas. Hasta los indios de Terranova conocían palabras españolas cuando llegó Jacques Cartier a Canadá, palabra con orígenes españoles («acá nada») que se refería a la pobreza de las tierras, y los induits de Alaska también contactaron con los españoles, que además evitaron en el siglo XVIII que los rusos se hicieran con aquellas remotas tierras.

En el Cañón del Colorado, un cartel en el sitio de Morán o Moran Point en el lado sur explica a los visitantes que en 1540 un grupo de españoles enviados por Vázquez de Coronado fueron los primeros europeos en pisar la orilla del cañón. A mediados de los ochenta, un anuncio en Las Cruces (Nuevo México) hacía alusión a la increíble travesía continental de

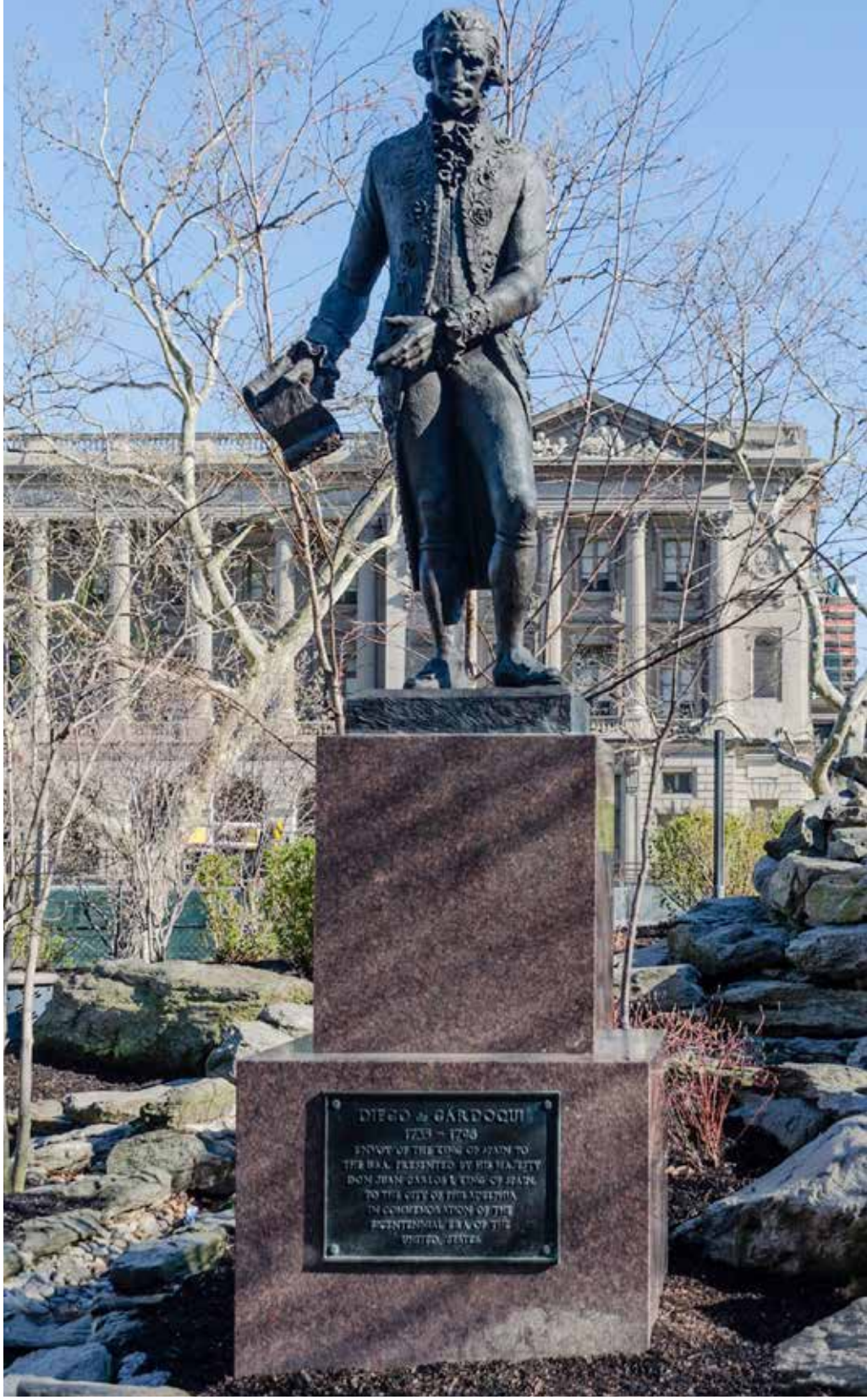
«La idea de que los españoles exploraban, pero no colonizaban o permanecían en los asentamientos no es sino una burda patraña»

Los llamados soldados de «cuera», son el antecedente de los vaqueros americanos

Álvar Núñez Cabeza de Vaca de la costa este a la oeste, que había sido muy popular y conocida por los viajeros de aquellas tierras desde 1535.

Los españoles introdujeron ganado vacuno, caballos, ovejas y variedad de cultivos, aunque también introdujeron involuntariamente enfermedades desconocidas por los nativos de Norteamérica que acabaron con la vida de incontables indígenas. Lo mismo sucedió con la exploración española en el sur del continente, y nada que ver en absoluto con el presunto genocidio que algunas tendencias y partidos políticos achacan a España e incluso a Isabel I de Castilla desconociendo su testamento y las Leyes de Indias aprobadas en Burgos en el siglo XVI. Grosera y bellaca manipulación que muchos hispanoamericanos asumen sin titubeos.

Los primeros vaqueros, zahones, caballos, zaragüelles, sombreros de ala ancha, los primeros *cowboys* con esa indumentaria que vemos en las películas de vaqueros fueron españoles. Los llamados soldados de «cuera» a caballo, llamados así por el peto de cuero y rodel (escudo de cuero) para defenderse de las flechas de los indios y que se pueden observar en pinturas de la época, son el antecedente de los vaqueros americanos. Ellos piensan que esa tradición proviene de México, cuando en el XVI aún no existía. Hoy en día, los senderistas pueden recorrer los caminos y cañadas reales españolas del siglo XVI que unían Florida con la costa oeste a través de Santa Fe. Los mapas de los caminos y cañadas reales españoles son actualmente muy populares para los visitantes de los estados del sur y suroeste de Estados Unidos.



Don Diego de Gardoqui, primer embajador ante los EE. UU.

Sin embargo, los museos, la historiografía norteamericana y las instituciones académicas sugieren que el origen de los Estados Unidos son las trece colonias inglesas y la llegada del *Mayflower* con los primeros colonos anglosajones, fecha que da forma al Día de Acción de Gracias. En la cultura popular norteamericana, el pasado de la nación se cierne a un relato de la expansión de la América inglesa al oeste y al sur, en donde, según ese relato, solo había indios salvajes, por lo que desprecian la verdadera historia. Me pregunto entonces de dónde habían sacado los caballos aquellos indios que se toparon con los colonos anglosajones.

Quizá el origen de ese anterior desprecio por todo lo español en Norteamérica se deba a que los EE. UU. son independientes de Inglaterra gracias a la decidida intervención y apoyo de todo tipo —militar, económico, político, financiero— de S. M. el rey Carlos III de España a las trece colonias. Diego de Gardoqui, delegado de Carlos III y primer embajador ante los EE. UU., el gobernador de la Luisiana Bernardo de Gálvez, entre otros, y las armas y flotas españolas hicieron más por la independencia de los EE. UU. que Lafayette y el apoyo francés, que,

Florida celebra su quinto centenario

sin embargo, aparece en todos los museos norteamericanos como el gran héroe y la gran nación que ayudó a la independencia.

En definitiva, la mayor parte de las visiones generales de la historia de Estados Unidos dan la clara impresión de que los ingleses y los norteamericanos anglosajones se dispersaron al oeste, la conquista del oeste, y al sur por tierras despobladas, no colonizadas y solo pobladas por algunos «salvajes». Quizá se sorprendieron al encontrar al famoso jefe de los apaches chiricaguas, llamado Jerónimo, como el santo del día en que se bautizó, que hablaba y escribía en castellano, aunque hay otras versiones de ese hecho. Supongo que se sorprenderían también cuando en las conversaciones de paz entre Jerónimo y el representante del Congreso Norteamericano el intérprete lo era de inglés español. Actualmente, en una base del Ejército norteamericano, Fort Hill, donde murió alcoholizado y confinado en 1909, hay una estatua en memoria del famoso jefe indio.

En Alabama, Florida, Georgia, Las Carolinas, Virginia y Tennessee se desvanecieron casi todos los vestigios de la presencia española entre los siglos XVI y XVII. En 1979, las ruinas de Santa Elena, fundada en 1566, permanecían sepultadas cerca del hoyo 8 de l campo de golf de la infantería de marina en la isla de Parrish, en Carolina del Sur. Las ruinas de San Miguel, asentamiento que fue fundado en la costa del Atlántico en 1526, después de San Agustín, y abandonado posteriormente, aún eluden a los historiadores. Treinta y siete años antes de que los ingleses se establecieran en Jamestown, los jesuitas habían establecido una misión en ese sitio en 1570. La idea asumida por algunos historiadores que aceptaban la evidencia de la presencia de España en esos territorios de que los españoles exploraban, pero no colonizaban o permanecían en los asentamientos no es sino una burda patraña. Aunque claro está, algunos de ellos se fundaron, pero fueron insostenibles en el tiempo, por lo que se cerraron.

En definitiva, como escribió Walt Whitman en 1883: «Realmente, los norteamericanos tenemos que conocer nuestros propios antecedentes [...]. Hasta ahora, influidos por los escritores y los maestros de Nueva Inglaterra, nos hemos entregado tácitamente a la idea de que nuestros Estados Unidos fueron solo moldeados desde las islas británicas, lo que constituye un gravísimo error histórico». Errores que se están poco a poco corrigiendo a la vista del cada vez mayor interés en conocer la verdadera historia de los antecedentes de los Estados Unidos, particularmente desde el siglo XVI al XVIII, y al esfuerzo de algunos españoles que viven y trabajan en los EE. UU. Sirvan estas letras para despejar de falsas percepciones a aquellos interesados por la verdadera historia, y no la manipulada por intereses espurios.■